

1986

Mil novecientos ochenta y seis fue un año muy importante para mí. Syliane, mi mujer, junto a Marilé Zaera, una amiga de espectacular belleza, inauguró un restaurante donde nos divertimos mucho mientras estuvo abierto y que a mí, personalmente, me costó un montón de dinero. Por las mismas fechas, Juanjo Alonso Millán me propuso un gran papel junto a Analía Gadé en *Revistas del corazón*, la comedia que pensaba estrenar en el teatro Marquina. Y poco después, apenas unos meses más tarde, el profesor Barajas me diagnosticó un cáncer de garganta anunciándome de paso que apenas me quedaban quince días de vida. Pero vayamos por partes.

Estábamos cenando una noche Syliane y yo con Marilé Zaera en un Tataglia cualquiera cuando me quejé de lo mal hechos que estaban los espaguetis que me habían servido. Syliane comentó que no había en todo Madrid un sitio donde supieran hacer decentemente un plato de pasta.

—Y Dios sabe que no es difícil hacerla —añadió dejando su plato medio vacío.

Los espaguetis que hacía Syliane en Castellana, 70, cuando de repente media docena de amigos se quedaba a cenar, eran famosos en todo Madrid. A mí, los espaguetis me sabían igual en cualquier sitio donde los comiera y se me ocurrió decir:

—Pues si tan fáciles son de hacer, ¿por qué no abres un restaurante y te haces de oro?

Las dos mujeres se miraron de repente con una intensidad que no presagiaba nada bueno.

—Pues no te creas que no lo he pensado más de una vez —me

contestó Syliane—. Me bastaría con encontrar un socio, porque para una mujer sola un restaurante supone mucho trabajo.

La Zaera, a la que cuando se ponía seria se le ensombrecían los ojos, dijo con voz inusualmente tensa:

—Pues si un día te decides seriamente a abrir un restaurante, cuenta conmigo.

Durante las dos horas siguientes —dos Montecristos de los grandes, varios whiskies y un par de orujos— las dos mujeres planearon la operación en sus mínimos detalles. Convinieron en que yo pondría el primer dinero para conseguir un local. De cuánto dinero se trataría, ni ellas ni yo teníamos la menor idea.

—Tiene que ser un lugar céntrico, pero tranquilo, donde se puedan aparcar los coches.

El nombre del local era de suma importancia pero Syliane lo encontró enseguida. Era un nombre tan bueno que lo adoptamos enseguida sin la menor vacilación.

—Como no serviremos más que pasta —había dicho Syliane— lo llamaremos Pasta y Basta.

Quedó muy claro desde un principio que ni Syliane ni Marilé se ocuparían, salvo en raras ocasiones, de la cocina. Buscarían un par de cocineros jóvenes, a ser posible italianos, a los que enseñarían a hacer dos o tres platos de pasta, siempre los mismos. Tampoco tendrían que madrugar para ir al mercado ya que la pasta es un producto que se vende en paquetes y que se puede almacenar en cantidades ingentes.

—Sólo usaremos pastas Gallo, que son las preferidas de Sophia Loren —dijo Syliane—. Eso nos hará una buena publicidad.

—Lo que tiene que ser muy bueno —intervine— es el vino.

—Tienes razón —admitió Syliane—. Tenemos la mar de amigos capaces de idear una carta que satisfaga a los más exigentes.

—De los cigarros puros me ocuparé yo —añadió para no quedar fuera de juego.

—Habrá que montar también un pequeño bar —apuntó Zaera— donde la gente pueda esperar a que se liberen sus mesas.

—Yo en el bar —dije a mi vez— pondría a una chica muy atractiva. Una nórdica de ser posible, ya sabéis, alta, rubia y de pata larga.

Estuvimos elucubrando hasta que llegó la hora del cierre del local.

Cuando me presentaron la cuenta, suspiré.

—Ahora comprendo cómo Plácido Arango se ha hecho tan rico.

Ya en la calle, y a pesar de que corría un vientecillo exageradamente fresco, seguimos acumulando ideas.

—¿Será un restaurante caro o barato?

—Dependerá del cliente —dijo Syliane—. En el menú no pondremos los precios. No le vamos a cobrar lo mismo a Alfonso Fierro que a Pepe Dominguín.

—¿A qué clase de público aspiramos? —quise saber.

—Al mejor de todos. A nuestros amigos. A la gente guapa.

—A la jet —añadió Zaera.

—¡Dios mío!

Tras un enconado silencio, sugerí:

—Tendríamos que conseguir que sea un local como los que hay en Barcelona, donde los maridos van a veces con sus mujeres y otras con sus amantes. Y viceversa, claro.

—En Madrid eso acaba siempre a bofetadas —dictaminó Zaera—. Aquí, por más capital que seamos, no somos tan civilizados como los catalanes.

—Lo más importante —cortó Syliane— es que se haga famoso por ser un lugar que esté abierto hasta bien entrada la madrugada, un refugio para noctámbulos profesionales y para insomnes.

—Incluso más adelante —sugerí— se podrían servir desayunos.

—Nuestros amigos son todos gentes que desayunan en la cama —puntualizó Syliane.

—¿Será un local con música o sin música? —quise saber.

—Con música, claro. Pero música de fondo, muy de fondo. A nuestra clientela, como será gente madura, le gustará hablar sin demasiado ruido.

Aquella noche, cuando nos metimos en la cama, ni Sissi ni yo teníamos sueño. Estuvimos largo rato todavía hablando de nuestro proyecto.

—Para abrir un local como ése —me inquieté— hará falta toda clase de permisos. Tendremos que buscar a alguien que...

—No te preocupes por eso —me cortó Syliane—. Mañana mismo le pediré una cita a Tierno Galván. Él me lo arreglará todo.

Syliane había cenado hacía poco en una casa amiga sentada a la derecha del alcalde de Madrid y como al viejo profesor le impresio-

naban todavía las mujeres guapas se habían caído muy bien el uno al otro. Syliane, que todavía no valoraba el significado de ciertas palabras españolas, se había despedido de Tierno diciéndole: «Me encanta haberle conocido, señor alcalde, es usted un cachondo...». Al alcalde le maravilló que aquella estupenda señora le hubiese calado tan hondamente en apenas dos horas de conversación. «Venga a verme —le dijo a Syliane— si en alguna ocasión puedo ayudarla en lo que sea.»

Al día siguiente me desperté habiendo olvidado gran parte de los planes de la noche anterior. Pero Syliane, que había amanecido mucho antes que yo, ya había hablado desde mi despacho con los servicios del alcalde de Madrid y había concertado con él una cita para aquel mismo día a las seis de la tarde.

Syliane empezó a vestirse apenas dadas las cinco. Primero se maquilló a conciencia, lo cual a mi entender era un error, porque Syliane siempre fue de esas mujeres —hay pocas— que con la cara lavada ganan en misterio. Algo parecido me había dicho Yvo Pitanguy, el hombre de las manos de oro, en su clínica de Río de Janeiro: «Pintadas, me parecen todas igual». Aquella tarde mi mujer escogió un vestido negro de Loris Azzaro que por lo sencillo debía de haberme costado un riñón. Hurgó luego durante largo rato en su joyero antes de decidirse por un collar de perlas que mi madre le había regalado en Biarritz, lo que le valió el odio eterno de mi hermana María Antonia. Finalmente se puso en el anular de la mano izquierda un zafiro que yo le había comprado en la India con ocasión del fastuoso baile al que nos habían invitado los Oberoi a nuestra vuelta de Jaipur donde yo había ido a entrevistar a Gayatra Devi, la última majarani del lugar poco tiempo antes de que la encarcelara Indira Gandhi, su eterna enemiga.

La elección del sombrero adecuado —asunto difícil porque no hay sombrero adecuado en un país donde las mujeres no se ponen sombrero— tomó un tiempo exagerado entre errores y vacilaciones. Por fin se decidió por una gran pamea negra que me recordó a Audrey Hepburn desayunando, solitaria, delante de los escaparates de Tiffany's, en Nueva York. Estuvo largo rato mirándose al espejo dudando entre dejárselo puesto o quitárselo. Se lo dejó puesto.

Fabricio, que presenciaba conmigo la escena, murmuró:

—Parece que va con malas intenciones...

Y alzando la voz, añadió:

—Pareces una espía, mamá. ¿A quién vas a ver?

—Al alcalde de Madrid.

—Algo gordo irás a pedirle vestida así...

Aquella misma noche teníamos gente a cenar en casa. Amigos delante de los cuales a Syliane le gustaba lucirse.

—¿Cómo te ha ido con Tierno Galván? —le preguntaron a Syliane apenas sentados a la mesa.

—Pero ¿cómo sabéis...? —fingió sorprenderse mi mujer.

—A estas horas —le contestaron— todo Madrid sabe que has pasado casi una hora encerrada en el despacho del alcalde de Madrid.

—Pues me ha ido muy bien porque he conseguido todo lo que quería. Tierno es un amor. En cuanto comprendió de lo que se trataba hizo venir a uno de sus colaboradores y le dijo: «Escuche usted bien a esta señora, Gonzalo, porque todo lo que nos pida habrá que dárselo».

—¿Y qué le pediste exactamente?

—Bueno, antes de pedirle nada le expliqué que existen muy pocos sitios en Madrid donde se pueda ir a comer algo decente de madrugada. Porque, ¿dónde se puede ir en Madrid cuando uno tiene hambre a las tres o a las cuatro de la mañana, señor alcalde? Tierno, que sabe poner ojos de niño cuando le acorralan, me contestó mirando a Gonzalo: «¡Eso mismo me pregunto yo a veces cuando me ha entrado hambre a esas horas!». El llamado Gonzalo me miró intrigado preguntándose quién sería aquella señora que le hacía mentir tan descaradamente al señor alcalde.

En resumen, Tierno había dicho que sí a todo lo que le había pedido Syliane. Permiso para abrir un local en el centro de Madrid y permiso para mantenerlo abierto hasta que se marchara el último cliente, permiso para esto y para lo otro. Del papeleo y de todo lo que dependiera de la Administración, se ocuparía Gonzalo, que se rindió a Syliane con el mismo candor que el viejo profesor.

Syliane y Marilé se pusieron de inmediato a la búsqueda del local de sus sueños. Lo encontraron enseguida en el número 3 de la calle Santa Catalina, a un paso del Congreso de los Diputados y a un

tiro de piedra del Hotel Palace. Era una calle discreta y silenciosa, casi una calle de pueblo, que muy pronto iba a perder su virginidad y a entender de los jaleos que puede organizar la gente famosa cuando se suelta el pelo.

Durante las semanas que siguieron tuve pocas ocasiones de hablar con Syliane, que volvía a casa rendida después de haber pasado el día discutiendo con albañiles, pintores y carpinteros. Nuestros diálogos, cortos pero concisos, se reducían por su parte a preguntas siempre parecidas.

—¿Puedo contar el martes por la mañana con ochocientas cincuenta mil pesetas para pagar a mis fontaneros?

—El martes que viene es mañana, Syliane.

—Precisamente.

Yo por mi parte pasaba más tiempo en el teatro Marquina que en mi casa. Juanjo Alonso Millán me había invitado un par de semanas atrás a comer en un restaurante cercano al Congreso para hablar de mi eventual participación al estreno en el Marquina de *Revistas del corazón*, su última comedia en la que yo tenía que interpretar el papel del duque de las Altas Torres, un notable zascandil que pretendía vivir a costa de Analía Gadé, una cuarentona guapa, de piel muy blanca, bonitas piernas y un trasero conmovedor que hablaba con un marcado acento argentino pese a los muchos años que llevaba viviendo en España. Había oído decir que estuvo liada, o quizá incluso casada, con Fernando Fernán Gómez, un actor de toda la vida, discreto escritor a sus horas, extraordinariamente grosero con sus lectores y con ese aspecto de sucio que tienen a veces los rubios invadidos por las pecas. Antes de dirigirme la palabra y estando todavía de pie junto a nuestra mesa, la Gadé me echó una prolongada mirada como si quisiera convencerse de que Alonso Millán no se había equivocado al proponerme el papel del duque. Debió de satisfacerle lo que vio porque me hizo seña de que me sentara a su lado en la mesa. Yo no sabía absolutamente nada de la obra de Alonso Millán aunque enseguida comprendí que no tendría nada que ver con la de Buero Vallejo, del que por otra parte tampoco sabía gran cosa.

—Tú ya has hecho teatro, ¿verdad? —me preguntó Analía desplegando su servilleta.

—Sí, pero nunca aquí en España. Siempre en París. La última vez fue a finales de los sesenta, en una obra de Henri Garcin, *Du côté de*

Glenariff, en el Théâtre des Mathurins. Desgraciadamente, lo tuve que dejar a los siete meses por haber firmado anteriormente un contrato con la productora de Sacha Guitry para asumir el papel de embajador de España en la corte de Luis XIV en el ya famoso *Si Versailles m'était conté*.

Quedó claro enseguida que ni Alonso Millán ni la Gadé tenían muy claro quién era Sacha Guitry, así que me ahorré tener que contarles lo que me ocurrió cuando una vez ataviado con la supuesta indumentaria de un embajador ante la corte del Rey Sol me llevaron ante monsieur Guitry quien, sentado en su silla de ruedas, tocado con un panamá blanco de anchas alas y el cuello envuelto en diversas bufandas, esperaba en una de las terrazas del palacio para dar el visto bueno al atuendo de sus actores. Me presenté pues ante el viejo y querido fantasmón y di un par de vueltas sobre mí mismo para que admirara mis aires de pavo real. Guitry me observó largamente en silencio antes de preguntarme en voz queda:

—*Jeune homme... êtes-vous pédéraste?**

—*Non, monsieur Guitry.***

Siguió mirándome unos segundos en silencio y por fin murmuró, paternal:

—*Patience... ça viendra.****

Hasta ahora la profecía no se ha cumplido y no creo que a mi edad el horno esté todavía para esa clase de bollos.

El almuerzo fue ameno y divertido. Alonso Millán es un hombre simpático y ocurrente que pese a su extraordinaria fealdad tiene gran aceptación entre ciertas mujeres jóvenes que piensan sacar provecho de su belleza pisando las tablas de un escenario. Antes de que nos sirvieran el segundo plato —una lubina a la sal— tanto Juanjo como la Gadé dieron por hecho de que nadie mejor que yo daría vida al esperpéntico duque de las Altas Torres.

Al día siguiente por la tarde hicimos una primera lectura de *Revistas del corazón* en el escenario del teatro Marquina. Se me cayó el alma a los pies. Pensé que aquello no aguantaría ni tres semanas en cartelera. Pero me equivoqué, porque yo seguía juzgándolo casi todo como

* «Joven, ¿es usted pederasta?»

** «No, monsieur Guitry.»

*** «Tenga paciencia. Es cuestión de tiempo.»

si continuara estando en París y en París nadie se habría atrevido a montar aquello por miedo a que quemasen el teatro. Pero por lo visto en Madrid seguía gustando la astracanada. El teatro se venía abajo cada vez que yo soltaba un sonoro «coño» al sentir el pinchazo de la inyección que fingía ponerme Tote García Ortega en el trasero para curarme de un catarro. *Revistas del corazón* tuvo un gran éxito desde la misma noche de su estreno. Alonso Millán había reunido para la ocasión a todo lo que contaba en el Madrid de aquel entonces. Prensa, radio, televisión y amiguetes, más todos los que al día siguiente iban a ponernos a parir. Nos habían avisado que iba a asistir al estreno la infanta doña Pilar, la hermana del Rey, pero las butacas que había pedido que le reservaran en las filas apropiadas permanecieron ostensiblemente vacías durante todo el espectáculo. Nos siguieron avisando periódicamente durante las semanas siguientes de la asistencia de la infanta a la función. Pero no vino nunca y doña Pilar no tuvo ni la cortesía de mandarles unas flores a la pobre Analía. Quedó patente que además de antipática la infanta no andaba sobrada de educación. El que no falló nunca a ninguna función fue Fabricio, que acabó sabiéndose de memoria el texto que me correspondía. Siempre se las arreglaba para estar cerca de mí y en más de una ocasión me sacó de apuros desde las bambalinas cuando me fallaba la memoria.

Fueron unos meses durante los cuales me divertí mucho. Éramos cuatro actores en escena, Analía, Tote García Ortega, Alicia Moro y yo. La Gadé llegaba todas las tardes al teatro un par de horas antes de que empezara la función. Se preparaba con la unción de una actriz shakespeariana y a mí tanta dedicación a unos textos tan misérrimos más que admirable me parecía patético. Me llevé mucho mejor con Tote García Ortega, una actriz de las de antes, para quien el teatro empezaba y acababa con don Jacinto Benavente. En cuanto a la Moro, que se subía a un escenario por primera vez en su vida, no creo que sintiera la menor atracción por un oficio que la obligaba a pasar varias horas al día escuchando y diciendo las majaderías salidas de la pluma de un simpático caradura que le había augurado un espléndido futuro en las tablas a cambio de ciertos favores que, pensándolo bien, tenían mucho de humanitario. Alta, atlética, de andares decididos y gestos a veces bruscos, la Moro acabaría pareciéndose a uno de esos varoniles travestis que hacían la carrera delante de mi domicilio de la Castellana.

A las pocas semanas de haber debutado yo en el teatro Marquina, mi mujer y Marilé Zaera inauguraron por fin Pasta y Basta. Tuviron desde un principio serias dificultades con el presidente de la comunidad que habitaba el edificio, Manolito Campo Vidal, un personaje importante de no recuerdo ya qué cadena de televisión, que hizo lo imposible por impedir la apertura del local que, según él, iba a acabar con la paz y la tranquilidad del barrio. No lo consiguió porque la larga sombra de Tierno Galván amparaba a las dos insensatas que se habían lanzado a lo que resultó ser una de las aventuras más locas de la movida madrileña.

La inauguración de Pasta y Basta empezó con un cóctel multitudinario al que asistieron, además de nuestros amigos personales, muchos de los asiduos del Pachá, la conocida *boite* de cuyas relaciones públicas se ocupa Marilé. Entre ella y Syliane juntaron aquella noche un tropel de gentes que todas, más o menos, se conocían entre sí. El cóctel empezó a las ocho de la noche y a las cuatro de la mañana seguían llegando invitados. Enrabietado, Campo Vidal hizo intervenir a la policía para que pusiera fin a lo que él calificaba de escándalo público —en realidad lo era— pero cuando llegaron los agentes se toparon en la acera con Javier Moscoso, un alto cargo del Partido Socialista, quien, whisky en mano, les instó a que se fueran con la música a otra parte.

Los amigos de Felipe ya habían cambiado la pana por el *cashmere* y los utilitarios por grandes y lujosos coches con chóferes y escoltas. Campo Vidal siguió persiguiendo a las dos propietarias de lo que él llamaba «el antro» hasta que tuvimos que cerrarlo por razones que explicaré más adelante. Su última tentativa fue de un ridículo inconcebible. Jaime de Mora, el hermano de la que ya trabajaba de reina en Bélgica, trajo una noche al restaurante a su patrón del momento, el famoso Adnan Kashogui, quien se convirtió rápidamente en un cliente asiduo de la casa cuando estaba en Madrid y a Campo Vidal no se le ocurrió otra cosa que difundir el rumor de que Syliane y Marilé estaban metidas hasta el cuello en el tenebroso negocio del tráfico de armas, negocio al que se dedicaba profesionalmente nuestro amigo el saudí. Andaba por aquel entonces enamorado de Marilé José Manuel Serrano Alberca, un político con influencias que intervino eficazmente para que cesaran los ataques contra las dos amigas.

Yo llegué al cóctel de inauguración acabada la función de noche del Marquina y para acercarme al bar tuve que abrirme paso a codazos saludando a diestra y siniestra a conocidos y amigos: Lola Flores y el Pescailla; la lozana Carmen Posadas, acosada de cerca por el triunfante Roberto Domínguez; Manolo Prado y Colón de Carvajal, mi peligroso primo; la futura ex duquesa de Arión, tan guapa y divertida; Miguellito Bosé, que vivía como yo entre París y Madrid; la elegantísima y cáustica Pirucha Escrivá de Romani y un sinfín de gentes más cuyos nombres, por no estar inscritos en mis libretas negras, se han desvanecido en mi memoria. Muchos de los que asistieron al cóctel de inauguración se convirtieron en clientes fijos de Pasta y Basta. Alfonso Fierro aparecía prácticamente todas las noches y cuando le presentaban el menú lo rechazaba diciendo: «No, gracias. Aquí se come tan mal que yo ya vengo cenado». Él sólo iba como otros muchos a tomar copas y a divertirse. Kashogui también iba frecuentemente seguido de su exótico séquito. Temiendo morir de repente de un ataque al corazón, llegaba acompañado de su cardiólogo particular, de un psiquiatra argentino que le ayudaba a superar sus repentinas depresiones y de un individuo con pinta de boxeador que le daba masajes en el cuello mientras comía sus espaguetis. Pese a su siniestra reputación, Kashogui era un buen hombre dispuesto a hacer favores siempre que le reportaran un mínimo beneficio.

Cuando Susi M., la encargada del bar, se ausentaba para entablar largas conversaciones telefónicas con Dios sabe quién, el traficante de armas ocupaba gustoso su puesto detrás de la barra y se divertía sirviendo copas a gentes que al reconocerlo se quedaban con la boca abierta. Susi lo acusaba de no querer compartir con ella las propinas que el saudí aceptaba durante sus ausencias. Gran tipo, la Susi. Era un magnífico espécimen teutón al que nadie había visto nunca con faldas. Vestía siempre ceñidos pantalones que realzaban la esbeltez de su figura. Pude en cierta ocasión, y por razones que no vienen al caso, charlar con ella mientras sus pantalones estaban cuidadosamente colgados del respaldo de una silla. Descubrí que si bien tenía unas piernas interminables, ambas eran recias y filiformes como el tronco de un pino. Lástima, porque todo lo demás era de primera calidad.

Una noche, recién inaugurado Pasta y Basta, acudieron a cenar con unos amigos Isabel Preysler, hecha un Lladró, y Miguel Boyer que por aquel entonces todavía era un socialista de pro. Antes de venir

habían llamado por teléfono para asegurarse de que no habría en el local ningún miembro de la prensa. Más tarde me enteré de que era la propia Isabel quien alertaba a los *paparazzi* de sus desplazamientos. Aquella noche cenaron tranquilamente con unos amigos, pero cuando tras despedirse de Marilé y de Syliane salieron a la calle se encontraron frente a un nutrido grupo de manifestantes que agitaban pancartas en las que se leía: «¡Boyer, socialista cabrón, estamos en el paro!».

Si aquellas dos imprudentes hubiesen tenido una mínima noción de lo que era llevar un negocio, con Pasta y Basta se habrían hecho de oro. Pero no sólo no ganaron ni un céntimo sino que a mí casi me arruinaron. Divertirnos nos divertimos mucho, pero no quiero ni pensar a cuánto nos salió la carcajada.

Recordando hace poco con Marilé aquellos felices tiempos me enteré entre otras cosas de que cuando un cocinero anunciaba en el último momento que ya no quedaba ni un paquete de pasta en la despensa le ponían en la mano unos billetes ordenándole que fuera al VIPS cercano a comprar toda la pasta que hiciera falta. Otro tanto ocurría cuando venían a faltar los tiramisús o las tartas de chocolate. Alguien salía corriendo hacia el Mallorca vecino y ponía remedio a la cuestión.

—La verdad es que comprábamos más caro de lo que facturábamos —admitió Marilé sin conseguir arrancarme una sonrisa.

Yo me enfadé mucho cuando una noche después de haberle entregado a Susi la media docena de cajas de puros que había pagado con mi propio dinero, pretendieron cobrarme el Montecristo que me había fumado con el café. La verdad es que yo tampoco entendía mucho de negocios.

—Lo hacíamos todo tan rematadamente mal —me dijo Marilé— que a veces parecía que lo hiciéramos a propósito.

Era eso tan cierto que a Nicolás Dadechkeliani le dijo un amigo en París: «Parece ser que en Madrid hay dos chicas, muy guapas y muy inteligentes, que han tenido la genial idea de abrir un restaurante donde todo lo hacen mal a propósito. La comida es repelente, los vinos equivocados, las sillas tan viejas que se caen en pedazos, sientan en una misma mesa a gentes que ni se saludan y además presentan unas cuentas al alcance de muy pocos bolsillos. Resultado: la gente hace cola para comer mal y beber peor».

Había dos mesas muy especiales en Pasta y Basta. Una en la que

siempre había flores frescas y que no se ocupaba nunca, dando a entender entre medias sonrisas, que estaba reservada por si venía el Rey o algún otro miembro de la Familia Real. La otra era una gran mesa redonda situada en el centro del local. Estaba reservada a la gente que llegaba en el último momento y que se había olvidado de avisar. En esa mesa se sentaban, codo con codo, amigos y enemigos. Más de uno simuló un súbito enfado para levantarse, tirar la servilleta y marcharse sin pagar.

Las dos socias se quejaban de no saber dónde guardar el poco dinero que caía en sus manos, ya que tanto los cocineros como la propia Susi se habían acostumbrado a disponer del dinero de la caja sin dar luego cuenta de sus dispendios. Una noche, Javier Martínez de la Hidalga, un amigo muy allegado a la familia Botín, llegó llevando bajo el brazo algo parecido a una caja registradora de líneas ultramodernas.

—Metéis vuestro dinero aquí —les dijo a las dos socias— y sólo vosotras podréis sacarlo por ser las únicas conocedoras de la combinación.

No funcionó porque tres o cuatro días después, ni Marilé ni Syliane se acordaban de la combinación y la caja permaneció herméticamente cerrada hasta que Martínez de la Hidalga volvió acompañado de un técnico de la casa que le había vendido el engendro.

Toda aquella locura —eran otros tiempos, otra sociedad menos aburrida que la de ahora— duró hasta que una noche, estando en el escenario del Marquina, una dolorosa punzada en la garganta me dejó sin voz. Tote García Ortega debió de creer seguramente que me había fallado la memoria porque vino inmediatamente en mi auxilio repitiendo, en otro tono, la pregunta a la que yo no había podido contestar. El percance se repitió dos veces, aunque con menor intensidad, antes de que por fin cayera el telón.

Fabricio se precipitó:

—¿Qué te ha pasado, papá?

Analía Gadé se metió con nosotros en mi camerino.

—No ha sido un fallo de memoria, ¿verdad?

No, no lo había sido, confirmé. Había sido un dolor muy agudo que durante unos segundos me había dejado sin habla.

—Si no te encuentras bien, papá —me dijo Fabricio con aire preocupado—, vámonos enseguida a casa.

—No me puedo ir a casa hasta acabada la función de noche.

—Pero...

—En este oficio no hay peros, hijo.

Tote me recomendó que me enjuagara la boca con agua y sal, Juanjo me sugirió que me tomara una copa de coñac y yo me fié de mi buena suerte para que aquella noche no tuviera que dejar a mis compañeros antes de que cayera el telón.

Las dos funciones del día siguiente transcurrieron sin incidente alguno. No sentí más punzadas pero sí un dolor sordo y difuso que yo atribuí al temor de que se repitieran aquellos fugaces y crueles latigazos que me habían agarrotado la garganta el día anterior. No soy un hipocondríaco porque siempre he gozado de una excelente salud, pero le tengo pánico al dolor bajo todas sus formas, sobre todo cuando es de origen desconocido. Durante mis años de jinete en activo, tanto en los concursos hípicas como en los campos de polo, me lo he roto casi todo pero el dolor de un hueso quebrado no tiene nada que ver con el que procede de un lugar del interior de nuestro cuerpo, un dolor que sólo los médicos pueden a veces —no siempre— explicar.

Analía, viéndome preocupado, me aconsejó:

—Vete mañana a ver de mi parte al profesor Barajas y que te examine la garganta. No creo que tengas nada, pero así nos quedamos todos más tranquilos.

El profesor Barajas era un hombre de mediana edad, afable y cortés, que tras echarle un primer vistazo a mi garganta se sorprendió:

—Menuda infección tiene usted aquí. No me extraña que le duela. Vamos a tener que limpiar todo esto y sacarle cuanto antes de la garganta toda esta porquería.

Quedamos en que me haría una primera punción al día siguiente y que a partir de entonces y siempre que fuese necesario continuarlas nos veríamos los lunes, «el día sin teatro», como los llamaba Syliane. A la primera punción —me extrajo de la garganta un líquido viscoso mezcla de sangre y pus— siguieron tres más sin que remitiera aquel dolor que se había instalado en la casi totalidad del paladar. Cada vez me costaba más hablar en el escenario y la pobre

Tote me miraba angustiada siempre que tenía que soltar aquel sonoro «coño» que tanto hacía reír a la gente. A la sexta punción, y como Barajas ya me estaba dando cita para el lunes siguiente, protesté:

—Oiga, doctor, ¿cuánto más va a durar esta historia?

El hombre pareció encogerse de hombros.

—Pues la verdad es que no lo sé. La inflamación parece que va remitiendo, pero sigue manteniéndose la infección. Veremos si el lunes que viene...

—¿No sería conveniente —le interrumpí— hacer... no sé cómo se llama... un análisis o algo así?

—¿Quiere usted decir una biopsia? Ya he pensado en ello, no crea.

—¡Pues hágalo!

Me parecía evidente que si las punciones, que además de ser muy dolorosas, no daban resultado, era porque algo fallaba. Que esto no se le hubiese ocurrido antes al profesor Barajas no dejaba de inquietarme.

—Sí, tiene usted razón —murmuró como para sí mismo—, vamos a ver qué clase de bichito tiene usted ahí dentro.

Que el profesor utilizara palabras similares a las del ministro Sancho Rof para referirse al veneno de la colza, me preocupó más todavía.

Esa misma mañana Barajas extirpó un minúsculo trocito de mi amígdala izquierda.

—En cuanto tenga el resultado de la biopsia le avisaré —me dijo despidiéndose de mí en la puerta de su despacho.

El día 28 de noviembre de 1986 fue para mí un día crucial. Al acabar la función nocturna en el Marquina me fui dando un paseo hasta Pasta y Basta con la intención de comer algo antes de irme a acostar. Lo primero que me dijo Marilé al verme entrar en el restaurante, fue:

—Syliane no está aquí. Te está esperando en casa.

—¿Pasa algo? —me inquieté pensando enseguida en Fabricio.

Marilé eludió contestarme.

—Lo único que te puedo decir es que Syliane te está esperando en tu casa.

Cogí un taxi en la puerta del Palace y le di la dirección de la Castellana. Nada más entrar en el salón blanco y azul comprendí que

algo grave estaba ocurriendo. Allí estaba esperándome, junto a Syliane, la plana mayor del teatro Marquina. Juanjo Alonso Millán, el autor de la obra; Analía Gadé, la actriz principal, y Alejandro Colubi, uno de los propietarios del teatro. En cuanto me vio Syliane se levantó del sofá donde estaba sentada, vino hacia mí y me abrazó con todas sus fuerzas.

La pobre tenía el rostro desencajado.

—Pero ¿qué es lo que pasa? ¿Le ha ocurrido algo al niño?

Se miraron todos los unos a los otros sin que ninguno se atreviera a hablar.

Fue Syliane quien por fin me contestó:

—Mañana por la mañana, Fabricio, tú y yo, nos vamos a París.

Si era una broma no tenía ninguna gracia.

—Pero ¿qué dices? ¿A París? ¿Y por qué?

Fue Analía Gadé, la más serena de todos, quien trató de explicarme.

—Tu mujer ha estado esta tarde con el profesor Barajas y parece que lo de tu garganta es algo más serio de lo que al principio creíamos.

Recapacité al instante.

—Tengo un cáncer, ¿verdad? ¿Es eso lo que estás tratando de decirme?

Juanjo Alonso Millán quiso desdramatizar mis palabras.

—Bueno, eso es lo que dice el profesor Barajas, pero tú ya sabes cómo son los médicos de exagerados.

Más tarde, aquella misma noche, ya en la cama los dos, Syliane me contó lo que había ocurrido. Barajas la había llamado por teléfono pidiéndole que fuera a verle lo antes posible. La recibió de pie en su despacho con el rostro compungido.

—Señora —le dijo—, hay que ser fuerte. Tengo malas noticias para usted. Su marido me pidió que le hiciera una biopsia y el resultado... bueno... mejor que se lo diga lisa y llanamente. Su marido tiene un carcinoma situado en la amígdala izquierda.

—¿Un carcinoma? ¿Qué es eso?

—Un cáncer, señora.

Syliane se dejó caer en una butaca y Barajas, solícito, le ofreció un vaso de agua. Syliane bebió unos sorbos y preguntó:

—¿Está grave, doctor?

—Muy grave, señora. La garganta es una zona muy delicada. No querría parecerle un pájaro de mal agüero, pero en el caso de una metástasis...

Barajas tuvo la impresión de haber ido demasiado lejos y se quedó callado. Syliane le preguntó:

—¿Me está usted diciendo que la vida de mi marido corre peligro?

—Sí, señora. Eso es exactamente lo que quiero que usted comprenda.

Y Barajas, bajando la vista, añadió:

—Poniéndome en el peor de los casos, yo no le daría más allá de quince días de vida.

Aquello le pareció a Syliane tan absurdo, tan irreal, que contra toda lógica recuperó los ánimos. ¿Quince días de vida? No podía ser, sencillamente no podía ser.

—Si me permite un consejo, señora —le dijo Barajas recogiendo el vaso que se había caído al suelo—, lléveselo usted cuanto antes a París a ver si en el Instituto Gustave Roussy pueden todavía hacer algo por él.

De vuelta a casa Syliane alertó enseguida por teléfono a Juanjo Alonso Millán, quien una vez repuesto del shock que le causó la noticia propuso reunirse en Castellana una vez acabada la última función, con Analía Gadé y Alejandro Colubi.

—No sé —le había dicho Syliane a Juanjo— cómo darle la noticia a José Luis. ¡Es un hombre tan imprevisible!

—No creo que sea de los que se derrumban —le contestó Alonso Millán.

Una vez avisada la plana mayor del Marquina, mi mujer pasó el resto de la tarde poniendo a punto el viaje a París. Reservó tres pasajes en el primer vuelo a París de la mañana siguiente y llamó por teléfono a Gerard Sakon, su cuñado, para pedirle que viniera a buscarlos al aeropuerto.

—No dejes —le había recomendado a Gerard— de avisar a John de lo que le ocurre a su padre.

Luego Syliane habló largamente con Loris Azzaro que se comprometió a obtener una cita en Villejuif con el profesor Amel, una de las lumbreras del Institut Gustave Roussy, uno de los centros oncológicos más importantes del mundo con el de Houston. El profesor Amel ha-

bía sido el médico que trató de salvar a mi amigo Pascal Jardin, el dialoguista de las mejores películas francesas de los últimos años. Pese a todos los esfuerzos del equipo de Amel, Pascal, más que morir, «se dejó ir». Amel resumió lo ocurrido en una frase amarga: «Hay gentes —dijo— para quienes el cáncer es una forma de suicidio». Syliane tuvo también una larga conversación con Fabricio. Le explicó, tratando de evitar la palabra cáncer, que su padre estaba seriamente enfermo y que nos íbamos a París para que allí me curaran. «Tú no le trates —le dijo al niño— como si supieras que está muy enfermo, pero no te alejes de su lado porque ya sabes cómo te quiere.»

Así que cuando volví a mi casa aquella noche ya estaba todo decidido y programado. En el último momento nos dimos cuenta de que entre Syliane y yo no teníamos encima más de treinta o cuarenta mil pesetas, una suma insuficiente para nuestros primeros gastos al llegar a París. Alejandro Colubi se fue enseguida a su casa y volvió con cien mil pesetas en billetes fácilmente cambiables en el aeropuerto francés. Todavía no vivíamos los felices tiempos en los que se puede transitar por Europa con una moneda única.

—Yo —me dijo más tarde Syliane aquella noche— me llevo conmigo mis joyas indias por si hay que hacer un desembolso importante al llegar a Villejuif.

Las joyas indias eran el collar, los pendientes, la sortija y las pulseras que yo le había regalado durante nuestro viaje a Jaipur. Alabando un día la generosidad de ya no recuerdo quién, Syliane había comentado que la generosidad no es más que una señal de buena educación. En ese aspecto Syliane era una de las mujeres mejor educadas que he conocido en mi vida. Aquella noche volvimos a dormir como durante los primeros tiempos de nuestro matrimonio, el uno en los brazos del otro.

Llegamos a París hacia las once de la mañana tras un viaje sin incidentes. Fabricio había dormido durante todo el viaje con la cabeza apoyada en mi brazo que se había quedado medio anquilosado. Hacía un día frío y desapacible. Uno de esos días de invierno en los que uno no tiene más remedio que esforzarse por odiar París.

—Lleva lloviendo sin parar desde hace una semana —nos informó Gerard Sakon tras los abrazos de rigor ahorrándose así otras palabras que le habría costado más pronunciar.

Orly estaba como siempre, lleno de viajeros africanos, algunos,

muy pocos, vistiendo rutilantes ropajes y cubriéndose la cabeza con immaculados turbantes para recordarnos que en África el dinero hace también que la gente no siempre se parezca. Les pedí a Syliane y a Gerard que se ocuparan de los equipajes mientras yo iba a cambiar mis billetes españoles por dinero francés. Eso le daría la ocasión a mi mujer de poner a su cuñado al corriente de la situación. Fabricio quiso acompañarme pero le pedí que se quedara junto a su madre.

—Tienes que vigilar —le dije— el bolso donde mamá lleva sus joyas.

Al chico le encantaba asumir el papel de protector.

—Vete tranquilo, papá.

Estaba yo en la cola de los que esperaban a que les cambiaran su dinero cuando una mujer alta y morena, de unos treinta años, vistiendo el reglamentario uniforme azul de la gendarmería francesa, se acercó a mí y tras consultar un papel que llevaba en la mano, me preguntó:

—Es usted monsieur José Luis de Vilallonga, ¿verdad?

—Sí, lo soy.

—Queda usted detenido.

Creí haber oído mal.

—¿Cómo dice?

—Que queda usted detenido. Haga el favor de seguirme.

Durante unos segundos me costó reaccionar. Pero por fin pude decir:

—Mi mujer y mi hijo se están ocupando de los equipajes. Déjeme por lo menos ir a avisarles.

—Una compañera ya se está ocupando de ellos. —Y repitió—: Haga el favor de seguirme.

Ninguna animosidad, ni en su mirada ni en su voz. A lo más un deje de aburrimiento.

—¿Me puede por lo menos decir por qué me detiene?

—No soy quién para darle explicaciones. Ya se las dará en su momento monsieur *le Commissaire*. Y ahora, por favor, venga conmigo.

La seguí —o mejor dicho caminé junto a ella porque me había cogido de un brazo— a través de la abigarrada multitud de negros senegaleses y harapientos marroquíes que parecían llevar todos sus casas a cuestas, hasta llegar a una desangelada sala de espera que apes-

taba a tabaco y en la que varios gendarmes charlaban en voz baja. Tras hacerme pasar el primero, la uniformada ordenó con voz seca:

—Que dos de ustedes lleven a este preso a la oficina del comisario Bouvier.

Dicho lo cual dio media vuelta y se marchó sin despedirse. Uno de los gendarmes —cincuenta años largos, muy moreno, barba cerrada— se levantó diciendo:

—Usted es Vilallonga, el escritor.

—Pues sí.

Al oír la palabra «escritor» los demás gendarmes me miraron con curiosidad. El de la barba cerrada me tendió la mano diciendo:

—Usted no se acuerda de mí, ¿verdad? Me llamo Julio Fernández y antes de ser francés era español. ¿Por qué le han detenido?

—Pues no lo sé.

—Seguramente será un error. Cuanto antes vea usted al comisario Bouvier tanto mejor. Es un buen hombre.

Me puso una mano en el hombro y haciendo una seña a uno de los gendarmes, decidió:

—Vamos allá.

Su compañero, un cuarentón rubicundo con los ojos muy azules, se levantó a su vez sacando del bolsillo unas esposas.

—¡Pero qué haces! —protestó Julio Fernández—. ¡A este señor no lo vamos a esposar! Es un escritor muy conocido.

—*C'est la règle* —protestó el rubicundo.

—¡Déjate de reglas, Fernand! A este hombre le conozco yo y no puede ser un criminal.

Salimos los tres de la sala de espera y nos mezclamos de nuevo a la multitud que abarrotaba el aeropuerto. Mientras caminábamos a buen paso Julio Fernández me dijo bajando la voz:

—Por lo que veo, usted no se acuerda de mí.

—Pues la verdad es que no. ¿Dónde nos hemos conocido?

—En su casa, aquí en París. Usted vivía en un gran piso frente al Bois de Boulogne. Yo era uno de los cinco españoles (todos ex combatientes durante la guerra en las fuerzas del general Leclerc), que fuimos una mañana a explicarle que los de la OAS nos habían propuesto asesinar por dinero a De Gaulle haciéndonos pasar por miembros del Partido Comunista. ¿Se acuerda ahora?

—Pues claro que sí. ¿Cómo no me iba a acordar?

Una mañana temprano sonó el timbre de mi casa en el boulevard Comandat Charcot, en Neuilly, y Mohamed, nuestro criado marroquí, vino a anunciarme que habían llegado cinco señores españoles que querían verme. Mohamed había pronunciado la palabra «señores» con esa reticencia despectiva con la que las gentes del servicio suelen referirse a las gentes de su misma condición social. No quiero ocultar que sentí cierto desasosiego. Desde la revuelta de Argelia los tiempos andaban agitados. Hacía pocos días que en París habían asesinado de un tiro en la cabeza, a la puerta de su casa, a un funcionario de la embajada española. La policía francesa había podido establecer que había muerto a manos de unos compatriotas pertenecientes a la extrema derecha. Así que la insólita y mañanera visita de cinco españoles desconocidos tenía suficientes razones para inquietarme. Sin embargo, qué remedio, salí a recibirlos.

Eran cinco, tal como lo había anunciado Mohamed. Todos de la misma edad y muy parecidos los unos a los otros. Pequeños, morenos y con la barba azulada. Uno de ellos se acercó a mí con la mano tendida.

—Me llamo Julio Fernández —me dijo.

Y señalando a sus cuatro acompañantes, añadió:

—Éstos son José Martínez, Luis Rodríguez, Juan Gómez y Pepe Sánchez.

Parecía una broma pero no había ni el menor asomo de sonrisa en ninguno de los semblantes. Fui dándoles la mano uno a uno, los invité a entrar en el salón y una vez sentados les pregunté si les apetecía un café. En cuanto Mohamed nos hubo servido y nos quedamos solos, pregunté:

—¿Qué puedo hacer por ustedes?

—Ponernos urgentemente en contacto con el embajador de España, que sabemos que es amigo suyo —me contestó Julio Fernández.

Y antes de que pudiera pedirle más explicaciones, continuó diciendo:

—Somos cinco españoles reconvertidos en franceses desde el final de la guerra, una guerra que hicimos juntos en las unidades del general Leclerc. Fuimos, como sabe, los primeros en entrar en París. Desde que se acabó la guerra nos hemos casado todos con francesas, menos Luis Rodríguez, que tenía una novia en Almonte que se vino a París a vivir con él.

Una pausa y luego con el mismo tono de voz pausado y sereno, Julio Fernández continuó diciendo:

—Hoy los cinco somos obreros franceses con los papeles en regla y que pagan impuestos, pese a lo cual a veces todavía nos recuerdan nuestra calidad de extranjeros. Por eso nos cuidamos siempre de no meternos en líos.

Les ofrecí de beber algo más que café a lo que se negaron todos menos el de la novia de Almonte que aceptó una copa de coñac.

—Hemos venido a verle —aclaró por fin Julio Fernández— porque las gentes de la OAS se han puesto en contacto con nosotros para proponernos tomar parte en una acción violenta contra el general De Gaulle.

—¿Cómo dice?

—Le quieren matar cuando salga en coche del Eliseo por la verja grande del parque. A tiros de metrallera. En eso somos expertos. Nos han ofrecido mucho dinero. Nosotros les hemos contestado que somos comunistas, sí, pero no asesinos a sueldo. Se han enfadado mucho y creo que van a tomar medidas para vengarse.

Temí por un momento que me fueran a pedir refugio. Pero no.

—Queremos que nos ponga cuanto antes en relación con el embajador de España para que tome nota de que nos hemos negado a tomar parte en el atentado, por si en los días venideros la policía francesa se entera de que la OAS ha tomado contacto con nosotros.

Me puse en pie.

—Ahora mismo los llevo a ustedes a la Embajada de España.

Pero ninguno de ellos quiso poner los pies en la embajada. Los comprendí muy bien, porque yo mismo mantenía una posición parecida. Ser un opositor declarado al régimen de Franco y almorzar en su embajada por ser amigo personal del embajador no me parecía una actitud coherente. Tras una serie de conversaciones telefónicas con José María de Areilza decidimos encontrarnos con él en un café de l'Alma. Allí quedó claro que los cinco españoles, cuyos verdaderos nombres no sabré nunca, se habían negado a participar en un hipotético asesinato del jefe del Estado francés.

El gendarme que nos precedía con las esposas todavía en la mano se había detenido delante de una puerta en la que estaba escrito el nombre del comisario Bouvier. Apenas el gendarme la golpeó con los nudillos cuando una voz sonó malhumorada:

—*Entrez, que diable!*

Antes de entrar en el despacho del comisario le di a Julián Fernández mi dirección y mis teléfonos.

—Me gustaría verte de nuevo —le dije—. No dejes de llamar.

—Lo haré, amigo. Que tenga suerte.

Pese al tono de su voz *monsieur le commissaire* Bouvier era un hombre de talla exigua y exquisitos modales.

—Monsieur de Vilallonga —me dijo señalándome una silla frente a su mesa de trabajo—, tengo la impresión de que va usted a causarme no pocos problemas durante este fin de semana.

—No sabe cómo lo siento.

El comisario Bouvier se sentó frente a mí y me informó:

—En la habitación de al lado están su mujer, su hijo Fabricio y un tal *monsieur Sakon*, que al parecer es su cuñado. Están todos muy alterados.

—¿Puedo verlos?

—Dentro de unos instantes vendrán a reunirse con nosotros. Pero antes creo conveniente que usted y yo tengamos en privado una pequeña conversación. Dígame, ¿es cierto que en Madrid un médico le ha diagnosticado un cáncer y que apenas si le ha dado quince días de vida?

—Así es.

—Espero que se haya equivocado.

—Yo también.

Bouvier se palpó la chaqueta, preguntando:

—¿Le molesta que fume?

—En absoluto.

El comisario sacó del bolsillo una bonita pipa ligeramente curvada y empleó unos minutos en atiborrarla de tabaco holandés. Luego, tras haber expelido una primera bocanada de humo demasiado perfumado, me preguntó:

—¿Tiene usted idea de por qué le hemos detenido?

—No, señor comisario.

Bouvier se echó hacia atrás en su butaca y me informó:

—Le hemos detenido por impago continuado de una pensión de alimentos a su ex mujer, una ciudadana inglesa con residencia en Alpes Marítimos, apellidada Scott-Ellis.

—Esa señora está muerta y además yo no tenía por qué pagarle

ninguna pensión ya que, recién divorciados, habíamos llegado a un acuerdo por el cual...

—... Usted le cedía en propiedad una finca en Auribeau-sur-Siagne cuyo valor excedía con mucho a la suma que estaba condenado a pagar y que usted mismo juzgaba ridícula.

—Veo que está usted muy bien informado, señor comisario.

Bouvier me miró unos segundos en silencio antes de decir:

—Mi profesión me pone a menudo en contacto con toda clase de miserias y de bajezas humanas. Algunas todavía consiguen sorprenderme.

Bouvier apretó fuertemente la pipa entre los dientes antes de preguntarme:

—¿Usted sabe quién es la persona que le ha denunciado?

—¿Cómo voy a saberlo si acabo de llegar?

El comisario desvió la mirada antes de informarme:

—Su hijo John. Le ha denunciado su hijo John.

—¡Eso es una tontería! —me rebelé—. John está al corriente del acuerdo firmado entre su madre y yo a propósito de la finca y del dinero. —Como el comisario no me contestaba, seguí hablando—: Es posible que se trate de una denuncia interpuesta al principio del divorcio, ya sabe, en el fuego de la acción. Mis hijos reaccionaron muy mal a nuestra separación y además...

Bouvier, esta vez mirándome a los ojos, me interrumpió:

—La denuncia fue puesta ayer por la tarde con una nota especificando que usted llegaría a París esta mañana. El denunciante sabía que no tendríamos más remedio que detenerle.

Me quedé sin palabras para seguir protestando.

—Su hijo —añadió el comisario— sabía muy bien que, dadas las circunstancias, su denuncia no podía prosperar. Cuando su abogado (con quien ya he hablado largamente) se lo explicó, su hijo le contestó: «No importa. Primero que lo arresten. Después ya hablaremos».

Bouvier golpeó varias veces su pipa contra el borde de la mesa.

—Monsieur de Vilallonga, ¿qué le ha hecho usted a su hijo para que le guarde tamaño rencor?

Contesté estúpidamente:

—No he hecho otra cosa que ayudarle.

—Ya.

—Quizá sea eso lo que no le perdona.

Alguien llamó a la puerta y una secretaria con la frente cubierta de rizos asomó la cabeza.

—Le llaman del Eliseo, señor comisario.

Bouvier descolgó el teléfono que tenía sobre la mesa. Tuve la impresión de que al oír la voz de quien le llamaba, se cuadraba militarmente:

—*Oui, madame... en effet, madame... je vais faire pour le mieux... Comptez sur moi, madame...*

Bouvier colgó el teléfono y me dijo:

—Tiene usted amigos bien colocados, monsieur de Vilallonga. La pipa se había apagado y Bouvier se la metió en el bolsillo.

—Yo le soltaría a usted ahora mismo *sans faire d'histoires*, como acaban de pedirme, pero la Administración —el comisario pronunció esta palabra con irónico respeto— nos tiende trampas que no siempre son fáciles de sortear. Hoy es viernes y para devolverle la libertad necesito la firma de ciertas autoridades superiores a la mía que no estarán en sus despachos hasta el lunes por la mañana. De aquí a entonces usted debería, según *le reglement*, esperar su liberación en las dependencias de la Santé, un lugar, lo admito, poco grato. —Y Bouvier añadió, casi en un susurro—: Ése es el cálculo que habrá hecho su hijo. Un fin de semana en la Santé ayuda mucho a reflexionar.

—¡Pero yo tengo una cita con el profesor Amel mañana por la mañana a las once en Villejuif!

—Sí, ya lo sé, y además de los quince días de vida que le han dado en Madrid sólo le quedarán catorce.

Bouvier se puso en pie y en un tono casi alegre me anunció:

—Ésa es la carta que voy a jugar.

—¿Qué piensa usted hacer, señor comisario? —quise saber.

—Por de pronto pedirle a usted y a su familia que se queden aquí un par de horas mientras yo trato de establecer ciertos contactos. Ante todo hay que hacer lo necesario para que acuda usted mañana por la mañana a su cita con el profesor Amel. ¿Tiene usted en París algún amigo que los pueda alojar durante un par de días? Ese es el tiempo que me gustaría tenerle a usted en paradero desconocido porque, siento decirselo, pero tengo el convencimiento de que su hijo John va a seguir actuando con las peores intenciones.

Y sin darme tiempo a contestar, Bouvier añadió:

—Si más adelante piensa usted contraatacar, cualquier buen abogado podrá acusar a su hijo de haber puesto en peligro su vida. Y yo estaré encantado de ser uno de sus testigos.

Sin darme tiempo a agradecerse, el comisario se levantó, abrió la puerta que comunicaba con la habitación vecina y levantó la voz:

—Madame de Vilallonga, tenga la bondad de pasar.

Syliane estaba pálida y ojerosa pero muy guapa. La furia y la indignación le sentaban como el luto a Electra. Gerard, mi cuñado, que entró con ella, parecía estar también muy alterado. En cuanto a Fabricio sólo soltó el brazo de su madre para que pudiéramos abrazarnos.

—*Ah, le salaud, le salaud!*... —repetía Syliane sin dejar de abrazarme—. ¡Está tratando de matarte!

—Todo se arreglará, señora —quiso apaciguarla Bouvier.

—¡Pero se da usted cuenta de que si mi marido no acude mañana a su cita con el profesor Amel...!

—Irá, señora, irá, se lo prometo yo.

Bouvier la empujó suavemente hacia un butacón mientras decía: —Ahora tratemos de organizarnos. Quiero que pasen ustedes las dos próximas noches en paradero desconocido. En algún lugar donde ni la propia policía los pueda encontrar.

De no ser tan dramática la situación, me habría echado a reír.

—Supongo que será inútil que os ofrezca mi casa —murmuró Gerard, cada vez más tenso.

Tras pensarlo unos instantes, Syliane propuso:

—Podríamos ir a casa de Pepe Fernández.

—¿Quién es ese monsieur Fernández? —quiso saber el comisario.

—El fotógrafo de Borges —le contestó Syliane sin más explicación.

—Ah.

Pepe Fernández, argentino de profesión, era en efecto el fotógrafo preferido del escritor. Homosexual sesentón con gran predicamento entre los jóvenes maricas en busca de un padre comprensivo y protector, Pepe Fernández era de talla exigua, con una gran nariz aguileña y un bigotillo rubio con las puntas enhiestas. Como muchos hombres de escasa estatura, andaba siempre muy erguido con el porte de un antiguo militar poco acostumbrado a no vestir de uni-